

La renovación en la enseñanza secundaria

UN PLAN DE REFORMAS

- I. El estado y el escolar — La educación cuantitativa — Su organización — Sus errores y resultados individuales y sociales. II. La educación cualitativa — Su objeto — organización de las actividades — La enseñanza secundaria del porvenir. III. Objeciones — Conclusión.**

A la consideración y juzgamiento de las autoridades ejecutivas de la nación ha presentado Ernesto Nelson, el actual inspector general de enseñanza secundaria y especial, un plan de reformas completo del espíritu y modalidades que animan a esta causa educacional.

Una disección de mano maestra ha puesto al descubierto las fallas de la enseñanza media. En preciso y necesario momento remueve hasta en sus cimientos la institución que analiza. La enseñanza secundaria ha sido siempre la piedra del escándalo del edificio educacional. Para subsanar sus defectos, se ha dado en conservar, en construir y destruir, con afán immoderado e insano, como de manos temblorosas y vacilantes, acumulando errores prácticos y de principio con iniciativas meritorias: mosaico irregular y multicolorido, digno del complicado análisis que deberán hacer los anticuarios del porvenir.

Por el estrecho radio de acción social en que actúa, por los perniciosos efectos que esa institución en ejercicio causa en la juventud de las aulas, hánse dolido y preocupado eselarecidas intelectualidades de todas las naciones. Basta recordar al efecto la encuesta realizada en Francia en 1900, cuyos resultados están tan bien interpretados en la obra de G. Le Bon, "Psychologie de l'éducation". Entre nosotros los estudios de González, Magnasco, Fernández, Lugones y sobre todo muchas de las respuestas a la encuesta Naón (1910)—para no citar más que los de este siglo—han arrojado luz sobre esta cues-

ción. A la par que en casi todos los países, sufrimos muy en carne propia de las falsas direcciones y métodos educacionales de pedagogos rutinarios, o de ocasión.

Le Bon, y bien pueden aplicarse sus palabras al irremediable daño que nuestro régimen educacional causa en la juventud, ha dicho: “De sus ocho años de presidio, solo han guardado un intenso horror al estudio, y un carácter por mucho tiempo deformado”. (Obra cit., pág. 178). Individualmente, el esfuerzo perseverante de los pocos capaces de un consistente análisis retrospectivo logra rehabilitar sus mutiladas mentalidades, pero ¿qué decir de los inhabilitados para pensar, que se creen sabios porque el estado les ha expedido diploma de bachiller o universitario! Sin incurrir en el ingenuo error de achacar a la escuela la culpa entera, todo el mundo ha de concordar que en su organización actual radican buena parte de los males que aquejan a la sociedad. En la actual organización de la enseñanza media, la ruta obligada de los que la cursan, son los estudios universitarios. De ahí la formación de una clase universitaria, cuyas características, en su mayor parte, son las de una burocracia; los que la componen *hubieran* podido ser buenos comerciantes, agricultores o empleados...

Ernesto Nelson, cuya personalidad se ha revelado con rasgos simpáticos en múltiples ocasiones, ha desmenuzado sin reticencias, con recto criterio, el pesado rodaje del que es guía y consultor. Pero su obra encierra algo de mucho mayor valor: ha construído, y para ello ha puesto a contribución sus conocimientos y experiencia para una admirable y completa reorganización de la enseñanza secundaria. Con esos materiales, valiéndose de los últimos adelantos de la ciencia pedagógica (muy especialmente en Norte América), y teniendo por luminaria orientadora altas finalidades sociales, ha construído su obra, de tendencias netamente racionalistas.

Conveniente es, que este estudio—comentario y exposición de la obra de Nelson—siga en su parte crítica y negadora a la obra del crítico, y dedique una segunda parte a la del reformador. Prestaré mayor atención a la faz pedagógica y social de la cuestión. Como dice el autor: “dar vuelta el guante de nuestros conceptos educacionales, que hemos estado exhibiendo por el lado del forro” (pág. 46), tal es la obra a realizar; que se explicará.

I

El estado y el escolar. — La educación cuantitativa. — Su organización. — Sus errores y resultados individuales y sociales.

Los colegios nacionales, con tendencias y organización semejante en todos ellos, son a excepción de algunas raras instituciones, los únicos medios de instrucción que el estado pone al alcance de los individuos en edad post-escolar.

Según estadística, ingresan en los colegios cinco mil escolares por año. Porque delimita en lo posible el alcance de su estudio, la primera cuestión que plantea el autor es averiguar cual es el destino de los alumnos ingresantes, y el alcance de la función educativa e instructiva del estado. Por lo pronto si atendemos a la cantidad de alumnos que egresan con el diploma de bachiller, halla una proporción demostrativa y sorprendente por lo exigua; son 1.400 los títulos que se expiden, de modo que un 72 o/o de alumnos abandonan los estudios sin obtener beneficio positivo alguno. (El autor demuestra que para nada les sirve lo aprendido en el colegio; este es concurrido porque no es más que un puente hacia la universidad). Este porcentaje tan elevado de rezagados constituye ya un dato que se ha de confirmar con creces: la incapacidad actual del estado para amoldarse a las necesidades y aptitudes de los educandos. En los moldes rígidos de la enseñanza que imparte no tienen cabida complejos psíquicos, hábitos, que le son disimilares, o que tienen una capacidad parcial. Así, de año en año, la falange estudiantil se va debilitando por eliminación de los menos aptos, (¡un 72 por ciento, las tres cuartas partes de incapaces), gracias a una selección injusta e irritante.

¿En qué consisten esas horcas caudinas por las que se hace pasar a los colegiales? Sus métodos y sistemas contradicen formalmente los principios pedagógicos que conoce cualquier normalista y ya en boga en el gran público; su acción social no sólo es pobre, sino más bien enfermiza y disolvente. El colegio hace el oficio de expendedor de conocimientos, que el alumno ha de devolver, sin réditos, a un plazo fijo, en época de examen. La enseñanza verbalista, memorística y papelera—

que tiene raíces tan hondas en la escolástica—predomina en el estudio de todas las asignaturas. Las digresiones teóricas y abstractas, la repetición maquinal de nociones ni sentidas, ni comprendidas, es algo así como el hilo indiviso por el que se guía al alumno en el laberinto inextricable de materias y programas. Nada de opiniones propias, consideradas erróneas, sino subversivas; el individuo que observa, razona, induce, es un “rara avis” en medio de una colectividad estudiantil abundante en sacos informes de erudición; poco juicio deducido de la simple observación de los hechos, pues el buen sentido y las verdades incontrovertibles se hallan muy bien expuestos en los textos o se escuchan de los labios de los maestros. Y si hoy no se dice: sabios doctores tendrá la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder, se afirma en cambio: así lo dice el libro; sin ir a buscar más allá la génesis de las cuestiones históricas, científicas, filosóficas, gramaticales, en estudio.

El texto no es más que la expresión fiel del “catálogo de conocimientos oficiales”—vulgo programa—que a su vez ha sido confeccionado en moldes antiguos, para transmitir conocimientos tan solo, y no para desarrollar aptitudes y juicio, también sapiencia, que desde Montaigne a esta parte, es el fin principal de la enseñanza, de acuerdo con aquello de que “más vale una cabeza bien hecha, que una cabeza llena”.

¿En qué medida y cómo realiza el estado la función de enseñar al alumno, según ese plan de estudios, realmente enciclopédico? Toda enseñanza—sea cual fuere su finalidad, y más en el caso presente—ha de impartirse de acuerdo con el clásico precepto: la educación por la instrucción. El objeto de la demostración de una ley o teorema, del aprendizaje de las mil y una reglas de gramática, del estudio de la geografía de un país, tiene acaso por meta una fugaz retención de nombres, leyes y reglas y excepciones aprendidas maquinalmente, sin ser comprendidas?

La finalidad—obvio fuera repetirlo, si no se olvidara en demasía en la práctica—es tratar de que los conocimientos se localicen y adopten forma original en la corriente del pensamiento, es impulsar al juicio crítico, al razonamiento, a la inducción por propia observación, es buscar la faz social y práctica en la organización de las actividades. Todo estaría sub-

sanado si los conocimientos que adquiere el alumno fuera el fruto de una labor propia; pero de la manera como se realiza hoy la enseñanza, entra esta “perla falsa puerta de la memoria”. “*Pero el grave peligro, puntualiza el autor, estriba, precisamente, en que el conocimiento puede ser adquirido en forma directa y dogmática, burlando todo proceso educativo, y lo que es peor todavía, preparando los futuros estragos del autoritarismo y del servilismo espiritual*” (pág. 28).

Los conocimientos de segunda mano no asimilados en su fugaz pasaje por la memoria no dejan huella duradera en la individualidad plástica del joven, que resulta mecanizada por esa enseñanza artificiosa; así la labor incansable de profesores y alumnos se hace humo, peor aún, dan al uno la certeza del deber cumplido y el otro queda con una personalidad mutilada, libresca, que cree es grande sabiduría.

El estado se preocupa en transmitir la mayor cantidad posible de nociones y verdades hechas al colegial, sin reparar en el destino ulterior de esa enseñanza. El examen viene a completar el mecanismo institucional, siendo consecuencia lógica de esa instrucción en la que todo se mide por la cantidad de conocimientos. Y es de ver cuan pobres son los resultados de ese sistema en las pruebas finales; “el espectáculo es necesariamente desolador para quien lo contemple sustrayéndose a la presión de la rutina: centenares de jóvenes desfilan tratando de encubrir como mejor pueden su irremediable ignorancia; la ignorancia del que no ha descubierto lo que sabe y tiembla ante la posibilidad de que su saber ajeno se ponga a prueba” (pág. 13). Para el estado es lo primordial la erudición indigesta que expone el muchacho en el momento del examen; en este se mide la *capacidad* del joven, (para saber de memoria), lo mismo que las lecciones son un “censo parcial” de las nociones aprendidas.

Para Nelson todo se halla encadenado en el sistema actual, y sus errores emanan “de que en los rodajes del mecanismo educacional vemos que en él gira todo alrededor de los conocimientos, como en un banco todas las operaciones giran en torno del dinero” (pág. 26); así el plan de estudios, programa, texto y examen se complementan y subsisten en virtud del concepto oficial de la enseñanza: que es el cuantitativo. He

aquí la falla primordial: el considerar lo primario la erudición, dejando en un segundo plano la educación del joven.

Nelson cree haber descubierto con eso el porqué de la ineficacia de las reformas que la buena voluntad de sus antecesores, había querido efectuar; más que inútil, perjudicial es—según él—apuntalar el edificio ruinoso de la enseñanza secundaria.

Es una creencia muy generalizada el atribuir al profesorado culpa en el mal que analizo; el autor, por el contrario, prodiga elogios a los merecimientos de los maestros y les reconoce méritos superiores a la misión que desempeñan. Aunque el criterio oficial solicite del profesor que solo haga aprender y repetir lo que enciera el texto, este trata siempre de adaptarse a las nuevas orientaciones de la enseñanza. No creo que esto sea cierto en la mayoría de los casos.

En un elocuente capítulo titulado “la educación cuantitativa y sus estigmas” precisa “de qué modo las aberraciones de la educación pueden sofocar voluntades, extraviando las ideas y sentimientos de una raza” (pág. 33.) Señala los efectos de la instrucción secundaria actual: y expresa que “*si el proceso de una mal llamada educación se lleva a efecto con el fin primordial de transmitir directamente conocimiento*”, entonces “*la educación es una espada de dos filos, y sus efectos finales son precisamente opuestos a los que con ellos se buscan*” (pág 31). Y más lejos agrega cálidamente: “Educar es sin duda, ofrecer a la mente un campo abierto para la adquisición de los conocimientos; pero si el saber penetra en la inteligencia por lo que hemos llamado la puerta falsa de la memoria, nos *educa* para evitar el esfuerzo propio en el descubrimiento, pues la misma presencia del saber vacío estorba el juego de la curiosidad, que solo nace de una ignorancia deseosa de fecundarse en el aprendizaje. Educar es adaptar más y más las conquistas de la ciencia a las artes de la vida, en obsequio de la salud y el placer de los hombres; pero el trato con la doctrina abstracta hace perder gradualmente de vista el ministerio humano de la sabiduría y nos *educa* para el ensoberbecimiento y la egolatría, que aislan al hombre precisamente de aquellos que más necesitan su auxilio. Educar es infundir el sentimiento del misterio de las cosas, ante cuya magnitud el sabio

se siente igualado al ignorante, mostrándose en disposición para abrir su espíritu a la tolerancia, por todas las ideas y todos los credos; en cambio, con harta frecuencia los procedimientos de una mal calculada emulación, *educan* al niño en la admiración de sí mismo, pues lo sustraen al espectáculo de la inmensa tiniebla que lo envuelve para obligarle a que contemple con pueril vanagloria el estrecho recinto donde luce la mísera candela de su saber. Educar es levantar la dignidad de los hombres e impedir que sobre ellos se ejerzan las violencias de la autoeracia; pero la tiranía del maestro dogmático y del libro pueden hacer de hombres políticamente libres, esclavos, *educados* para recibir el pensamiento ajeno" (págs. 32 y 33). En síntesis, se puede concluir que la mentalidad del alumno es desnaturalizada, su personalidad relegada a último término, de donde el anquilosamiento de su yo, y los espíritus son prematuramente envejecidos, doblegados, sin espontaneidad y sin energías generosas.

Cómo se comprenderá, las consecuencias sociales no son menos nefastas. "El problema de nuestra educación se formula con el vocabulario del sociólogo y no con el del pedagogo" (página 19). Para la democracia argentina que se halla en vías de organización, es de vital interés el sistema educacional. Una institución político-social usurpará el nombre de democracia con el que se rotule, en tanto sus componentes no tengan clara noción de sus responsabilidades y derechos, que no se diera amplio desarrollo de su personalidad, carezcan de voluntad, sin criterio propio, siquiera fuese éste erróneo, pero que surgiera naturalmente de su labor y experiencia. Si políticamente se está sometido al caudillo o al demagogo de profesión, es porque nuestro sistema de instrucción inhibe y deprime toda manifestación original del espíritu, en vez de hacerla resaltar con pujante relieve.

"¿Cómo habremos de formar hombres libres, ponderados, ecuanímenes, tolerantes, justicieros, exclama Nelson, si los educamos en la constante represión de las manifestaciones de su personalidad, haciéndoles víctima del capricho de la injusticia o de la fuerza? ¿Sómo habremos de formar hombres libres, de espíritu crítico y de juicio ejercitado, hombres originales y de iniciativa, si de niños jamás los habituamos a aplicar su

criterio sobre las cosas y si por el contrario los hemos disciplinado para la aceptación ciega de las ideas ajenas?" (pág. 19). Esto es todo un diagnóstico de nuestra vida cívica, y no exige comentarios. . . No sé si después de lo expresado se le ocurrirá a algún gracioso o a algún pobre rutinario, el hablar de dirigentes y dirigidos, de una clase universitaria destinada, formada para gobernar, etc.

II

La educación cualitativa. — Su objeto. — Organización de las actividades. — La enseñanza secundaria del porvenir.

Del análisis que hemos hecho de la enseñanza media, resultan claramente dos aspectos, en los males del régimen actual.

Me refiero: 1.º) A las prácticas educacionales en uso, tan perjudiciales por la acción mecanizada y disolvente que ejercen sobre el entendimiento juvenil y a las capacidades parciales; 2.º) Por su equivocada y deficiente acción social; ni llena necesidades ideales y prácticas de los individuos y de la sociedad en la que funcionan: ni instruye el suficiente número de individuos que solicitan los beneficios de esa enseñanza.

So pena de consentir en los dichos errores, debemos proceder enérgicamente para la reforma de la enseñanza en esas dos facetas. Nelson se inspira al efecto en las orientaciones educacionales predicadas desde Rousseau a Spencer, y de este a los psicólogos y pedagogos más ilustres de nuestra época; sabe evitar los extravíos sentimentales y metafísicos de los más, y encara la cuestión bajo una faz positiva y de alta conveniencia social y personal.

El sistema de enseñanza que propone es cualitativo, es decir, no toma en cuenta tanto la cantidad de conocimiento verbal del alumno, sino las actividades por él desplegadas. Es al trabajo que ha de efectuar el educando el centro al que ha de convergir toda la organización de la enseñanza. El autor apoya esa conclusión con argumentos expuestos por diversos pedagogos. F. Regener sintetiza como ha de darse una enseñanza para transformarla en trabajo productivo: "1.º) Ja

escuela debe de tener por objeto hacer que la materia a enseñarse penetre en el espíritu, que lo impregne y se le incorpore, en toda la extensión de la palabra; 2.º) Debe, en todo momento, poner en acción el espíritu de observación del niño y hacer de manera que adquiera los conocimientos por su propia experiencia; 3.º) Debe tratar de transformar todo en trabajo personal, en representaciones y creaciones propias del educando”.

El trabajo que se efectuará en la escuela o instituto de enseñanza secundaria (ambas son etapas de un mismo plan educativo) tendrá por fin: ejercitar sus facultades intelectuales y lógicas—formar un criterio y una actividad,—trasmitirle conocimientos; darle la medida de la exactitud de sus percepciones, que él mismo podrá comprobar, manteniendo latentes siempre su curiosidad, interés y deseo de aprender, sano el espíritu y pronta la inteligencia. Hay que educar “para la vida”, en una palabra, sin dar a esa expresión un sentido groseramente utilitario.

Por eso concede el autor tal preferencia a los ejercicios físicos, trabajos manuales y todas aquellas ciencias de la naturaleza y del espíritu que ejercitan nuestras diversas facultades. Así, bien dice: “Quien ha adiestrado sus músculos levantando halterios, puede usar aquellos para desarrollar cualquier otro esfuerzo, por diferente que sea, pero que exija el funcionamiento de los mismos músculos”. “Del mismo modo, el que se ha aplicado a los pequeños problemas que suscita la inspección de un canto rodado en el laboratorio de geografía, podrá quizás desarrollar un considerable poder de análisis cuando más tarde los azares de la vida hallan llevado ese sujeto a las lides del comercio”; “quien ha aprendido a mirar un paisaje, una obra de arte, traduciendo al papel las impresiones que ellos suscitan en su espíritu, será más capaz sin duda, de exteriorizar sus sentimientos en todos los momentos de su vida; el que se ha habituado a mirar los sucesos con un sentido histórico, logrando transportarse a otras épocas y consiguiendo evocar y hacer suyos los sentimientos y las ideas que las caracterizaron, tal vez se habitúa con ello a revestirse de la tolerancia necesaria para juzgar los actos del prójimo. Y por último, el que ha puesto su mano sobre las cosas, familiari-

zándose con la fuerza, en todas sus manifestaciones, habrá adquirido un sentido justo de la resistencia que ofrece el mundo a la acción humana, una noción más precisa del esfuerzo, lo que le permitirá hacer una anticipación más exacta del éxito o de la derrota que van adheridos a nuestras empresas" (pág. 45). Y en otra parte concluye: "El nuevo elemento básico de la educación será pues el trabajo. El trabajo productivo del niño debe ser la única moneda con que aquel pague su permanencia en un instituto de educación. Es la moneda cuyo cobro se traduce en menos injusticias, en tanto que la hoy corriente en toda casa de estudio—el saber, saber verbal—divide a los hombres en indigentes y acaudalados, crea un proletariado, entre cuyos miembros el juicio popular suele encontrar los más dignos de recibir el supremo bien de las luces, y una burguesía intelectual donde con frecuencia se hallan los verdaderos fracasados de la vida" (pág. 50).

A estas nuevas orientaciones educacionales correspondería una transformación radical de los métodos antiguos; de los detalles corregidos resultaría una organización distinta. El autor expone a este propósito actividades tan en desacuerdo con las que se practican actualmente en el país, que no pueden menos de sorprendernos y cautivarnos a medida que se van integrando las partes en el conjunto armónico. Reemplaza al "catálogo de verdades oficiales"—así denomina el autor los programas actuales—con una "lista de actividades", en la que constaría los trabajos que el alumno debiera efectuar; la inspección del plan nos indicaría las aptitudes que deberían desarrollarse mediante esas actividades: observación, introspección, criterio histórico, científico, literario, anteducción, etc.; los alumnos en tanto que van educando sus facultades, se poseionan de los conocimientos merced a los procedimientos intuitivos.

Cada alumno desarrollará sus aptitudes específicas sin sacrificar su individualidad al conjunto, puesto que estudiará y observará con un instrumental propio; deberá laborar en clase mediante la ayuda de otro factor, que el autor califica "de inapreciable valor y cuyos servicios son tan admirables que si él faltara, la concepción de organizar un sistema de educación cualitativa sería un ensueño irrealizable". Este ele-

mento es el libro de texto que difiere en un todo de los manuales clásicos (1).

A este libro recurrirá el alumno en todo momento, pues trae la aplicación minuciosa de las actividades a desenvolver; con él será posible llegar a *descubrir* sin temor a que se extravíe, las verdades que antes se enseñaban directamente. Hace jugar al alumno de ese modo un rol primordial, dinámico, con la intervención, por supuesto, de un abundante y nuevo material pedagógico y de *los otros factores educativos*; se desarrollará en el educando así, el espíritu de observación, investigación, interpretación, dotándolo, en fin, de un espíritu científico, que le conduzca a la verdad, tanto en las ciencias llamadas abstractas, como en las de experimentación y de observación. El proceder sería uniforme para la consecución de la verdad—nada de prejuicios con respecto a la naturaleza fenoménica de las cosas, nada de prejuicios morales—; la aplicación de ese principio variaría en límites tan amplios como el requerido desde el razonamiento matemático hasta las ciencias experimentales, pasando por la enseñanza de idiomas, historia, geografía, etc.

“En suma, dice el autor, este libro de nuevo cuño es un sucedáneo del texto en todos los ramos en que este interviene para transmitir directamente los conocimientos. Su aplicación es vastísima, tanto que la imaginación se asombra al medir el campo que le reserva el progreso de los métodos educacionales, cuando se universalice el conocimiento de que el papel de los establecimientos de educación debe tan sólo consistir en la gimnasia de las actividades del niño. El libro guía tan pronto al niño a través de documentos históricos, de fenómenos reales, como lo coloca ante los elementos de la belleza, puestos en evidencia en la obra del poeta o del artista, facilitándole la tarea de apreciar por sí mismo los elementos estéticos. Tan pronto le pone frente a un paisaje natural guiándole en la

(1) El autor trae al final de su informe un apéndice — que ocupa la mitad del volumen — destinado a programas de actividades, textos, y los nuevos procedimientos de enseñanza en una palabra, que han sido aplicados con lisonjero éxito unos, en uno que otro colegio del país, y otros que transcribe de los que se hallan en aplicación en Estados Unidos e Inglaterra. Sólo la lectura de esos ejemplos podrá dar una clara noción de lo que se expone.

observación y descripción de lo que el niño contempla, como le encauza discretamente en la introspección de su propio espíritu. Es un intermediario, en suma, un excitador de la inteligencia del niño ante el objeto bruto, ante el modelo plástico, la lámina, el documento, el aparato de demostración, el fenómeno, el animal, la planta, el monumento, la máquina, la naturaleza, la estatua, el verso, la sinfonía" (páginas 60-61). Paréceme conveniente, para no extremar el concepto que del libro ideal podría tenerse, transcribir lo siguiente: "Los textos mismos de hoy día se convierten en cooperadores del sistema que preconizamos cuando se hace que el niño ratifique o rectifique sus afirmaciones, en la experiencia. Toda la cuestión reside en crear un sistema ante el cual el libro sea un servidor, no un amo" (pág. 62), lo cual nos da a entender que para hacer o no fructificar la enseñanza prima el criterio que del método y de su aplicación tenga el profesor, que la calidad misma del libro. Por ahora, estamos en una indigencia casi absoluta del material, textos, etc., y es grande el trabajo que para reparar estos inconvenientes es necesario realizar. Este comentario—hecho intencionadamente extenso—de uno de los detalles de la doctrina educativa que expone Nelson, denota el cuidado y clara inteligencia habida en la construcción del sistema que propone.

Bien distintas que las desempeñadas en el sistema vigente, serían las funciones del profesor. El autor califica a este de "mero tomador de lecciones", lo que lo convierte en una "especie de policía del trabajo forzado". Dotados los colegios del instrumental nuevo y abundante que exigen los métodos racionales expuestos, conviértese el profesor en un educador "que puede intervenir ya con eficacia en la formación de los hábitos mentales de los alumnos, dando aquí una indicación oportuna, aclarando allí un concepto, estimulando acullá un procedimiento original de investigación, aún cuando durante toda esta labor el estudiante queda entregado a sí mismo sin sufrir la presión de la autoridad" (pág. 66). Desde ya la conversión del maestro de erudito en educador, requiere de parte de este una dedicación y preparación especiales; subvertiendo los valores que se le asignaba en su función docente, es menester una reorganización en la formación y elección del profesorado, lo que estudia en capítulo aparte.

Las medidas disciplinarias, el examen y promociones, sufren un vuelco brusco en cuanto correlacionamos al sistema de enseñanza con la actividad natural y espontánea del escolar. El autor traduce en un símil ese cambio de posiciones: a una pirámide invertida, dice, pretendemos mantenerla derecha “sobre el escaso apoyo de la inculcación directa del conocimiento”, y por la deficiencia de la base, nos auxiliamos de cuerdas y puntales, que significan las medidas disciplinarias en uso. “La disciplina, en efecto, es el conjunto de todas aquellas medidas coercitivas, tendientes a asegurar la pasividad del niño, contra la que protesta su naturaleza. Como el trabajo de aprender la verdad ajena no mueve la curiosidad y el interés, ha sido necesario inventar una serie de recursos que son aparentemente escolares, pero que en realidad llenan un fin disciplinario” (pág. 71). Hay que asentar la pirámide sobre su base natural: la actividad espontánea del niño; ofrecerle un trabajo agradable, sin imposiciones violentas que amargan su juventud, tal es lo que debemos buscar. El régimen de examen “que tantas veces llena de loores a los menos aptos para la vida y estigmatiza con el fracaso precisamente a aquellos que más tarde van a servir a la sociedad con mayor eficacia (pág. 73), y cuyos inconvenientes de toda índole son tan notorios, debe desaparecer. En un sistema que pretendiera instruir verdaderamente, sin querer llenar solo las apariencias, se prestaría una atención preferente en la aprobación de las asignaturas, a las actividades desplegadas y al interés que se hubiera tomado el alumno, al número de clases a que ha concurrido y a esas otras indicaciones que sólo el íntimo contacto del profesor con el alumno puede señalar al último como apto para su promoción; este sistema de promociones, es, según el autor, el que la experiencia denota más fácil y más lógico. Con este proceder se evitaría parcialmente el desgranamiento del 72 o/o a que se ha hecho referencia.

En el sistema actual de promoción, la aprobación del bachillerato se hace por cursos completos, lo cual es atentatorio a los intereses del educando y de la educación misma. La mayoría de los alumnos, o no se adapta a los procedimientos educacionales en uso, o tiene una capacidad parcial, pues no puede aprobar las materias de un curso, condición requerida para

pasar al año inmediato superior; después de alguna tentativa infructuosa (o bien feliz) el alumno abandona los estudios o se convierte en alumno libre, que el autor califica de "merodeador de los colegios, que viven al margen de la enseñanza". En síntesis, el régimen actual de examen y promociones es causa principal del abandono que de los estudios se hace, según lo demuestra Nelson estadística en mano. Los motivos substanciales por los que se despacha a las tres cuartas partes de los alumnos se hallan en que el estado adopta un criterio rígido, metro inflexible con el que se mide invariablemente a todos los niños. Triunfaremos de esa dificultad en cuanto ofrezcamos cursos que de acuerdo con las diferencias individuales, no abandone a los alumnos en la mitad de sus estudios con un bagaje inútil de conocimientos.

El autor demuestra, al efecto, que las promociones podrían y deberían efectuarse no por años, sino por asignaturas, puesto que a excepción de las asignaturas correlativas y de otras que exigen una mentalidad algo más educada, no se ha señalado hasta ahora un criterio científico que indicara las conveniencias en la *disposición* de las materias en tal o cual año. La línea de conducta que señala tendría cabal aplicación y concordaría con el plan de estudios por *departamentos* que propone. En ese plan de estudios las materias de índole semejante se hallan agrupadas por departamentos; así se formarían los de Matemáticas, Biología, Geografía, Historia, Castellano y Literatura, Idiomas, Trabajo manual, Práctica comercial, Práctica rural, Labores femeninas. El ingreso podría hacerse en los departamentos de acuerdo con la conveniencia o según las capacidades del niño, o bien puede seguir el total de aquéllos, que se requiere para el bachillerato íntegro; puede el alumno en el transcurso de sus estudios comenzar otro género de estudios en el mismo colegio, o bien complementar su preparación con otras materias, aunque estas no pertenezcan al departamento que cursa.

De modo que sin necesidad de terminar el bachillerato, tendría el alumno una preparación especial y relativamente completa en el ramo elegido, de inmediata y fructífera utilidad como lo demuestra una ojeada al plan de estudios y a los sabios métodos de enseñanza. Los escolares aspirantes al ba-

chillerato, podrán seguir sus estudios en los departamentos por que denoten preferencia, completando luego sus estudios, o bien deberán repetir las asignaturas en las que su preparación es deficiente, en cuyo caso se prolongarían más de cinco años (de los que consta el bachillerato) su estadía en el colegio. Este proyecto es ampliamente detallado y ejemplificado por su autor y surge como una necesidad lógica de lo que antecede y de las consideraciones que siguen a continuación.

El colegio nacional estrecha en lo posible el horizonte de sus actividades, reduciéndose a ser un puente de pasaje, o mejor un vestíbulo de la universidad, y eso con todas las restricciones del caso, puesto que de aquellos que ambicionan llegar a alguna facultad, solo arriban a la meta una cuarta parte. El colegio nacional es por esta causa un lugar de privilegiados, visto también el reducidísimo porcentaje de los que lo podrían frecuentar. La enseñanza secundaria, mientras se limite a ser preparatoria, no concordará ni ahora, ni nunca, con las aspiraciones y necesidades de una democracia genuina, en la que esa enseñanza superior debiera impartirse de acuerdo con las aptitudes, conveniencias y modalidades de los individuos que la componen. El número de escolares debiera ser, teóricamente, el de aquellos jóvenes susceptibles de ser instruídos, insuficiente como es ; quién lo duda! lo aprendido en las escuelas elementales.

El armonioso y claro sistema propuesto por Nelson responde a esas necesidades sociales y personales:

1) La sabia enseñanza en los Colegios Nacionales se vería concurrida por multitud de niños, no por el mero título, sino porque el colegio sería el centro de preciosas, fecundas iniciaciones en la psiquidad del niño; se habría llegado a transmitir esa cultura general por la que tanto se ha clamado: cultura literaria, artística, científica.

2) A los que en justa sollicitación quieren que se les proporcione ocasión para desplegar sus capacidades parciales, o formarse una competencia profesional, en cursos reducidos, tendrían libre acceso a estudios como zootecnia, agricultura, trabajos manuales, práctica comercial, aprendizaje de idiomas, y demás departamentos. Las niñas podrán ingresar, además, al departamento de labores femeninas.

3) La preparación para las facultades no se resentiría de ningún modo, de acuerdo ya en que la educación de las aptitudes se realizaría inmejorablemente y el caudal de conocimientos asimilados sería mayor.

No hay porque entrar en extensas consideraciones acerca de los beneficios que esa excelente organización reportaría. Son bien evidentes, en contraposición al régimen actual que a tantos convierte en fracasados. La subdivisión de actividades, las orientaciones pedagógicas, se modificarían según el ritmo de la experiencia.

El autor dedica capítulos especiales al estudio de cuestiones tan fundamentales como la del profesorado, el régimen administrativo y del gobierno de la educación, que por su importancia merece comentario aparte, el que no hago por no prolongar este estudio.

III

Objeción. — Conclusión.

Nelson ha comprendido muy bien las necesidades institucionales, sociales y políticas del país, ha utilizado las vastas experiencias de sus antecesores y la suya propia, háse compenetrado de los sistemas educacionales en Estados Unidos, y ha sabido en su conceptuoso criterio, dar un cariz original a su plan de reformas. He encomiado en esta vasta exposición lo que de veraz y meritorio tenía; me corresponde ahora resumir las objeciones de orden doctrinario y práctico que la obra me parece merecer.

El autor extrema un tanto—y el articulista al sintetizarlos ensombrezca tal vez más—los errores del sistema actual de enseñanza, con lo que resultan más “eclatants” las normas y métodos que le opone. No todos los colegios y profesores de segunda enseñanza son reprochables con igual intensidad; si la mayoría de ellos siguen una senda retrógrada, anémicos de vida nueva, hay otros en cambio que han evolucionado de manera reconfortante hacia la orientación cualitativa. De

modo que no cabe pretextar—como lo hace el autor—que por no apuntalar el ruinoso edificio de ese ramo educacional, no se corrijan los defectos del presente; pues la reforma total, por justa que sea, ha de tardar tiempo en efectuarse, ya que, como él mismo lo prevé, la evolución ha de ser larga y recién nos hallamos en los comienzos.

Atribuye a la enseñanza en los colegios, males cuyo motivo y saneamiento, residen en su mayor parte en otras causas determinantes. Si la formación de la psiquis del individuo obedeciera a la única causa de la educación en los colegios, fuera imposible explicar como bajo el mismo régimen educacional, se forman una mayoría, es cierto, de mentalidades mecanizadas, inferiores, pero también las hay suspicaces, elaboradas. Los frutos tan diferentes de árboles semejantes, forzosamente han sufrido otras influencias.

Por eso mismo, mientras no se modifiquen los siguientes factores: régimen económico, características raciales, orientaciones de ideas, ambiente social, político y familiar, en aquello que obstaculizan la evolución general, y la de la educación por lo tanto, las reformas que en esta se introduzcan, serán sin duda pasajeras y superficiales. Así ¿qué valdrá una magnífica ley sobre enseñanza, si continuaran imperando favoritismos o el criterio de autoridades de capacidad limitada? ¿O cómo se llevarían a cabo las hermosas reformas proyectadas por Nelson, mientras se destinen los dineros públicos al sostenimiento de instituciones o al mantenimiento de políticas adversas al progreso de los pueblos? Y en lo que se refiere al ambiente, ¿cuánto no hay que inculpar, p. ej., a la vanidad y despreocupación de los padres de familia?; es de circunstancias recordar la forma perjudicial para la enseñanza en que tuvo que sancionarse el examen de ingreso en 1892, ante la ciega conveniencia de los padres. Es a la oposición de esos factores, contra los que se ha estrellado la buena voluntad de otros reformadores, más que contra las dificultades de orden pedagógico; no tomándolos en cuenta parecen más factibles de lo que en realidad son, las reformas propuestas.

El autor acuerda a ciertos datos concretos un valor que no les corresponde. Acepta, por ejemplo, que la eliminación de

la totalidad del 72 o/o de escolares, se hace por culpa exclusiva del estado. Lo cierto es que una buena parte de los tales alumnos abandonan los estadios por cambio de vocación, frecuentación de cafés y malas compañías, deficiencia de preparación, falta de medios, decesos, etc. Mercante, en la respuesta a la encuesta Naón (tomo II), menciona que en el Colegio Nacional de La Plata, el director tuvo que eliminar al 60 o/o de los alumnos por una u otra causa. A causas similares obedece que de los 500 ingresantes, por ejemplo, al doctorado en Medicina, solo una cuarta parte logre el título. La crítica a la enseñanza actual hecha por Nelson, no desmerece por esta objeción.

De igual modo que en los procedimientos de enseñanza cuantitativos los elementos de que usa se complementan de modo indispensable, en el sistema cualitativo preconizado por Nelson, es de temer que faltando un rodaje no se pueda realizar regular automáticamente la enseñanza, motivo por el que podría fracasar. Es lo que podrá suceder por la falta de texto, o por falta del abundante material de enseñanza apropiado, o que la enseñanza se realice con profesores del antiguo régimen, que pueden ser todo lo eruditos que se quiera, pero que no saben enseñar ni educar. Me parece evidente que si se atiende a la formación de buenos profesores, pedagogos, se subsanarán en gran parte los inconvenientes nombrados. Evocamos el recuerdo de aquellos buenos maestros que con constancia y afecto supieron elevar y educar nuestro espíritu, a pesar de la falta de los materiales necesarios, aún sin el beneplácito oficial. Por eso creo que inculpar al estado—una abstracción al fin y al cabo—todos los errores, es desconocer las faltas de la actuación individual.

Que el problema es muy complejo y que los inconvenientes son numerosos, nadie lo duda; en todo caso la orientación indicada es la que debe prevalecer. El sistema propuesto por Nelson es como una palanca que tiene firmísimo punto de apoyo en una imprescindible necesidad práctica y en una recta convicción idealista, ¿será mediante su potencia por lo que se ha de subvertir los errores del presente? ¿O bien se relegará su obra como se hace con los papeles inútiles—a un rincón del olvido? Este proceder es corriente y perfectamente antisocial.

Para el bien y adelanto de todas las tales reformas, deberían realizarse a la luz meridiana de claros, nobles anhelos; se verifcaría así una renovación en el espíritu, misión y fines de la enseñanza secundaria. Y sería ésta, parte de una regeneración social, mediante la cual serían borrados los tristes y dolorosos antecedentes por los que se quejan el cuerpo y el alma de pueblos e individuos.

Gregorio Bermann.
